

“Miren hacia arriba y hacia alrededor para hacer realidad la fe pascual aquí y ahora”
Homilía de la Vigilia Pascual, Año "B"
3 de abril de 2021: Catedral de Santa María

Introducción

Tenemos la bendición de poder celebrar el culto dentro de nuestras iglesias en estos días tan sagrados del año para nosotros. Viene como una fuente de alivio y felicidad para todos nosotros, especialmente teniendo en cuenta lo drásticamente diferente que era la vida hace un año, incluso si todavía tenemos que practicar ciertas precauciones de seguridad para garantizar que sigamos siendo responsables de la salud pública. Y yo diría que somos doblemente bendecidos aquí, en San Francisco, en nuestra catedral, dada la hermosa catedral que tenemos. Tal vez incluso triplemente bendecidos, debido a la obra de arte que adorna esta ya hermosa catedral. Agradezco a mis predecesores que han asistido a adornar esta catedral con las obras de arte que ahora podemos disfrutar y de las que podemos inspirarnos.

Lo más notable de las obras de arte son los relieves de bronce que representan momentos significativos en la vida de Nuestra Señora que se colocan en toda la iglesia. El que representa la escena de la crucifixión, en la parte posterior de la iglesia, tiene un detalle peculiar. *Es* una obra muy dramática, con la Virgen arrodillada a los pies de su Hijo y el centurión con su lanza montado en un caballo, a punto de atravesar el costado de Jesús muerto. Sin embargo, una fuente de información fiable sobre la historia de la catedral me ha dicho que el rector de la época se alarmó un poco al ver que el artista no había puesto un clavo en los pies de Cristo. Hay grandes clavos en las manos, pero ninguno en los pies.

Preocupado por este aparente descuido, se puso en contacto con el escultor en Italia. El artista le aseguró que no era un error. Intencionalmente no había puesto un clavo allí. ¿Por qué? El artista explicó al sacerdote: “He dado un ligero empujón hacia arriba al cuerpo de Cristo en la Cruz para sugerir el comienzo de la Resurrección; un clavo puesto ahí atraería el ojo del espectador hacia abajo”.

Mirar hacia arriba

Por supuesto, se necesita fe para percibir el misterio de la Pascua bajo el dolor del Viernes Santo, y el artista comprendió que necesitamos mantener nuestra visión enfocada hacia arriba para poder hacerlo. Ya el profeta Isaías exhortaba al pueblo de Dios a hacerlo, recordándole la majestuosidad de Dios, que está por encima de nuestra limitada visión humana. En la larga serie de lecturas del Antiguo Testamento para esta Vigilia Pascual, escuchamos en la quinta lectura a Isaías hablando las siguientes palabras como portavoz del Señor: “Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, sus caminos no son mis caminos. Porque así como aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los de ustedes y mis pensamientos a sus pensamientos”.

La glorificación de Cristo, y nuestra participación en ella, nos orienta hacia un movimiento ascendente. La Iglesia nos da muchos recordatorios para que mantengamos nuestros ojos enfocados allí. Tenemos, por supuesto, la mayor de las celebraciones, la Pascua, y también la solemnidad de la Ascensión del Señor al cielo, así como la solemnidad de la Asunción de la Virgen, a la que está dedicada nuestra Catedral. Qué apropiado, entonces, que nuestra catedral esté construida con un empuje ascendente muy contundente, moviéndonos a mirar hacia los cielos donde Cristo reina en la gloria y su madre como Reina del cielo y de la tierra.

Cuán desesperadamente necesitamos este recordatorio en nuestro tiempo. Es siempre nuestra tendencia humana, dada nuestra naturaleza humana caída, mirar hacia abajo, e incluso diría que no mirar más allá de uno mismo. Profesar la fe en la Resurrección conlleva una cierta dimensión ética. De nuevo, el profeta Isaías se anticipó a esto en esta misma profecía, donde justo antes dice: “Busquen al Señor mientras lo pueden encontrar, invóquenlo mientras está cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal, sus planes; que regrese al Señor, y él tendrá piedad; a nuestro Dios, que es rico en perdón”. A esto se refiere San Pablo en su Carta a los Romanos cuando habla de estar “muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús”. El que está iluminado por la gloria de la Resurrección de Cristo puede ver claramente cómo actuar de forma acorde con la dignidad de ser hijo de Dios.

Lo que nos lleva al otro aspecto de vivir la gracia de la Resurrección: la dimensión espiritual. Para esto basta mirar a nuestro padre en la fe, Abraham. Él es el primero en poner su confianza en el único y verdadero Dios, apostando todo en la palabra de Dios para él. Su hijo Isaac era su único medio de continuar su linaje. Estaba dispuesto a sacrificar todo, incluso lo máspreciado para él, para obedecer la palabra de Dios. Esta es la obediencia de la fe, que confía en que hacer la voluntad de Dios, seguir el camino de Dios y no el propio, es el camino de la vida y la verdadera bondad. Es la confianza en la seguridad que Dios nos da, que hemos escuchado en el otro pasaje del profeta Isaías en nuestras lecturas de esta noche: “Podrán desaparecer los montes y hundirse las colinas, pero mi amor por ti no desaparecerá y mi alianza de paz quedará firme para siempre”.

Mirar alrededor

Esto es mantener nuestra visión enfocada hacia arriba. Sin embargo, hay otro aspecto digno de mención en nuestra catedral, que contrasta pero complementa su gran movimiento vertical: las ventanas que dan a la ciudad. Aunque tenemos que mantener nuestra visión enfocada hacia arriba, a veces también tenemos que mirar a nuestro alrededor, fijándonos en quién y qué hay a nuestro alrededor, leyendo los signos de los tiempos y respondiendo a las necesidades y crisis a las que nos enfrentamos, para que nuestra fe se haga realidad en el aquí y ahora.

Este año tan angustioso de la pandemia que acabamos de atravesar es una de esas señales que debemos leer. Veo mucha luz y también oscuridad. El sufrimiento es demasiado conocido para nosotros: física, económica, emocional y mental, y espiritual. Pero no perdamos de vista a los héroes de esta pandemia. Recuerdo haber escuchado historias de personas que cuidaban de sus vecinos mayores que no podían arriesgarse a salir a buscar comida por sí mismos, haciendo la compra por ellos y las tareas del hogar.

Pienso en el personal sanitario que trabajó hasta la extenuación, poniendo en riesgo su propia salud e incluso su vida para atender a los afectados por este virus. También pienso en los capellanes de los hospitales que han hecho lo mismo, algunos de los cuales, como algunos trabajadores sanitarios, contrajeron el virus y, en algunos casos, incluso murieron por ello. Pienso en los socorristas y en otras personas cuyo trabajo debía continuar para el funcionamiento básico de la sociedad y les exigía trabajar fuera de casa con el riesgo de contraer el virus. Pienso en nuestros propios trabajadores de Catholic Charities aquí en San Francisco, que siguieron alimentando y proporcionando transporte a los sin techo que vivían en las calles cuando todos los demás los habían abandonado.

Nuestra fe cristiana en la Resurrección fue prefigurada por nuestros antepasados en la fe en el Dios único y verdadero. Es una antigua creencia judía que se producirá una resurrección al

final del mundo, cuando todos resuciten en Jerusalén. Es algo previsto en la consumación de toda la historia. Pero lo que hace Jesucristo, el Hijo coeterno de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que asumió nuestra carne humana, es hacer que la Resurrección sea una realidad ya ahora, en nuestro propio tiempo, en nuestro propio espacio. Seguimos el modelo de la Resurrección de Cristo cuando hacemos realidad esa fe aquí y ahora. Las dimensiones éticas y espirituales de nuestra fe pascual confluyen y se hacen visibles cuando vivimos realmente como un pueblo pascual.

Conclusión

Marchemos, pues, hacia ese encuentro con Cristo resucitado, manteniendo nuestra visión enfocada hacia arriba, hacia la vida de la gloria, mientras miramos a nuestro alrededor para arrojar la luz de su gloria en los oscuros recovecos de este mundo de nuestro tiempo y espacio. Él ha resucitado, reina en la gloria y es misericordioso con nosotros, los pecadores. ¡Gracias a Dios!